



Julio Verne Cinco semanas en globo

I

*El final de un discurso muy aplaudido. -
Presentación del doctor Samuel Fergusson. -
« Excelsior. » - Retrato de cuerpo entero del doctor. -
Un fatalista convencido. - Comida en el Traveller's
Club. - Numerosos brindis de circunstancias*

El día 14 de enero de 1862 había asistido un numeroso auditorio a la sesión de la Real Sociedad Geográfica de Londres, plaza de Waterloo, 3. El presidente, sir Francis M comunicaba a sus ilustres colegas un hecho importante en un discurso frecuentemente interrumpido por los aplausos.

Aquella notable muestra de elocuencia finalizaba con unas cuantas frases rimbombantes en las que el patriotismo manaba a borbotones:

«Inglaterra ha marchado siempre a la cabeza de las naciones (ya se sabe que las naciones marchan universalmente a la cabeza unas de otras) por la intrepidez con que sus viajeros acometen descubrimientos geográficos. (*Numerosas muestras de aprobación.*) El doctor Samuel Fergusson, uno de sus gloriosos hijos, no faltará a su origen. (*Por doquier. ¡No! ¡No!*) Su tentativa, si la corona el éxito (*gritos de: ¡La coronará!*), enlazará, completándolas, las nociones dispersas de la cartografía africana (*vehemente aprobación*), y si fracasa (*gritos de: ¡Imposible! ¡Imposible!*), quedará consignada en la Historia como una de las más atrevidas concepciones del talento humano. (*Entusiasmo frenético.*)»

-¡Hurra! ¡Hurra! -aclamó la asamblea, electrizada por tan conmovedoras palabras.

-¡Hurra por el intrépido Fergusson! -exclamó uno de los oyentes más expansivos.

Resonaron entusiastas gritos. El nombre de Fergusson salió de todas las bocas, y fundados motivos tenemos para creer que ganó mucho pasando por gacznates ingleses. El salón de sesiones se estremeció.

Allí se hallaba, sin embargo, un sinnúmero de intrépidos viajeros, envejecidos y fatigados, a los que su temperamento inquieto había llevado a recorrer las cinco partes del mundo. Todos ellos, en mayor o menor medida, habían escapado física o moralmente a los naufragios, los incendios, los tomahawk de los indios, los rompecabezas de los salvajes, los horrores del suplicio o los estómagos de la Polinesia. Pero nada pudo contener los latidos de sus corazones durante el discurso de sir Francis M y la Real Sociedad Geográfica de Londres, sin duda, no recuerda otro triunfo oratorio tan completo.

Pero en Inglaterra el entusiasmo no se reduce a vanas palabras. Acuña moneda con más rapidez aun que los volantes de la Royal Mint. Se abrió, antes de levantarse la sesión, una suscripción a favor del doctor Fergusson que alcanzó la suma de dos mil quinientas

libras. La importancia de la cantidad recaudada guardaba proporción con la importancia de la empresa.

Uno de los miembros de la sociedad interpeló al presidente para saber si el doctor Fergusson sería presentado oficialmente.

-El doctor está a disposición de la asamblea -respondió sir Francis M...

-¡Que entre! ¡Que entre! -gritaron todos-. Bueno es que veamos con nuestros propios ojos a un hombre de tan extraordinaria audacia.

-Acaso tan increíble proposición -dijo un viejo comodoro apoplético- no tenga más objeto que embaucarnos.

-¿Y si el doctor Fergusson no existiera? -preguntó una voz maliciosa.

-Tendríamos que inventarlo -respondió un miembro bromista de aquella grave sociedad.

-Hagan pasar al doctor Fergusson -dijo sencillamente sir Francis M...

Y el doctor entró entre estrepitosos aplausos, sin conmoverse lo más mínimo.

Era un hombre de unos cuarenta años, de estatura y constitución normales; el subido color de su semblante ponía en evidencia un temperamento sanguíneo; su expresión era fría, y en sus facciones, que nada tenían de particular, sobresalía una nariz asaz voluminosa, a guisa de bauprés, como para caracterizar al hombre predestinado a los descubrimientos; sus ojos, de mirada muy apacible y más inteligente que audaz, otorgaban un gran encanto a su fisonomía; sus brazos eran largos y sus pies se apoyaban en el suelo con el aplomo propio de los grandes andarines

Toda la persona del doctor respiraba una gravedad tranquila, que no permitía ni remotamente acariciar la idea de que pudiese ser instrumento de la más insignificante farsa.

Así es que los hurras y los aplausos no cesaron hasta que, con un ademán amable, el doctor Fergusson pidió un poco de silencio. A continuación se acercó al sillón dispuesto expresamente para él y desde allí, en pie, dirigiendo a los presentes una mirada enérgica, levantó hacia el cielo el índice de la mano derecha, abrió la boca y pronunció esta sola palabra:

-¡Excelsior!

¡No! ¡Ni una interpelación inesperada de los señores Dright y Cobden, ni una demanda de fondos, extraordinarios por parte de lord Palmerston para fortificar los peñascos de Inglaterra, habían obtenido nunca un éxito tan completo! El discurso de sir Francis M... había quedado atrás, muy atrás. El doctor se manifestaba a la vez sublime, grande, sobrio y circunspecto; había pronunciado la palabra adecuada a la situación: «¡Excelsior!»

El viejo comodoro, completamente adherido a aquel hombre extraordinario, reclamó la inserción «íntegra» del discurso de Samuel Fergusson en los **Proceedings of the Royal Geographical Society of London.**

¿Quién era, pues, aquel doctor, y cuál la empresa que iba a acometer?

El padre del joven Fergusson, denodado capitán de la Marina inglesa, había asociado a su hijo, desde su más tierna edad, a los peligros y aventuras de su profesión. Aquel digno niño, que no pareció haber conocido nunca el miedo, anunció muy pronto un talento despejado, una inteligencia de investigador, una afición notable a los trabajos científicos; mostraba, además, una habilidad poco común para salir de cualquier atolladero; no se apuró nunca por nada de este mundo, ni siquiera a la hora de servirse por vez primera en la comida del tenedor, cosa en la que los niños no suelen sobresalir.

Su imaginación se inflamó muy pronto con la lectura de las empresas audaces y de las exploraciones marítimas. Siguió con pasión los descubrimientos que señalaron la primera parte del siglo XIX y soñó con la gloria de los Mungo-Park, de los Bruce, de los Caillié,

de los Levallant, e incluso un poco, según creo, con la de Selrik, el Robinsón Crusoe, que no le parecía inferior. ¡Cuántas horas bien ocupadas pasó con él en la isla de Juan Fernández! Aprobó con frecuencia las ideas del marinero abandonado; discutió algunas veces sus planes y sus proyectos. Él habría procedido de otro modo, tal vez mejor; en cualquier caso, igual de bien. Pero, desde luego, jamás habría dejado aquella isla de bienaventuranza, donde era tan feliz como un rey sin súbditos... No, ni siquiera en el caso de que le hubieran nombrado primer lord del Almirantazgo.

Dejo a la consideración del lector si semejantes tendencias se desarrollaron durante su aventurera juventud lanzada a los cuatro vientos. Su padre, hombre instruido, no dejaba de consolidar aquella perspicaz inteligencia con estudios continuados de hidrografía, física y mecánica, acompañados de algunas nociones de botánica, medicina y astronomía.

A la muerte del digno capitán, Samuel Fergusson tenía veintidós años de edad y había dado ya la vuelta al mundo. Ingresó en el cuerpo de ingenieros bengalíes y se distinguió en varias acciones; pero la existencia de soldado no le convenía, dada su escasa inclinación a mandar y menos aún a obedecer. Dimitió y, ya cazando, ya herborizando, remontó hacia el norte de la península india y la atravesó desde Calcuta a Surate. Un simple paseo de aficionado.

Desde Surate le vemos pasar a Australia, y tomar parte, en 1845, en la expedición del capitán Sturt, encargado de descubrir ese mar Caspio que se supone existe en el centro de Nueva Holanda.

En 1850, Samuel Fergusson regresó a Inglaterra y, más dominado que nunca por la fiebre de los descubrimientos, acompañó hasta 1853 al capitán Mac Clure en la expedición que costó el continente americano desde el estrecho de Behring hasta el cabo de Farewel.

A pesar de todas las fatigas, y bajo todos los climas, Fergusson resistía maravillosamente. Se hallaba a sus anchas en medio de las mayores privaciones. Era el perfecto viajero, cuyo estómago se reduce o se dilata a voluntad, cuyas piernas se estiran o se encogen según la improvisada cama, y que se duerme a cualquier hora del día y despierta a cualquier hora de la noche.

Nada menos asombroso por consiguiente, que hallar a nuestro infatigable viajero visitando desde 1855 hasta 1857 todo el oeste del Tíbet en compañía de los hermanos Schtagintweit, para traernos de aquella exploración observaciones etnográficas de lo más curioso.

Durante aquellos viajes, Samuel Fergusson fue el corresponsal más activo e interesante del *Daily Telegraph*, ese periódico que cuesta un penique y cuya tirada, que asciende a ciento cuarenta mil ejemplares diarios, apenas logra abastecer a sus millones de lectores.

Así pues, el doctor era hombre bien conocido, pese a no pertenecer a ninguna institución científica, ni a las Reales Sociedades Geográficas de Londres, París, Berlín, Viena o San Petersburgo, ni al Club de los Viajeros, ni siquiera a la Royal Politechnic Institution, donde su amigo, el estadista Kokburn, metía mucho ruido.

Un día Kokburn le propuso, para darle gusto, resolver el siguiente problema: dado el número de millas recorridas por el doctor alrededor del mundo, ¿cuántas millas más ha andado su cabeza que sus pies, teniendo en cuenta la diferencia de los radios? O bien, conociendo el número de millas recorridas por los pies y por la cabeza del doctor, calcular su estatura con toda exactitud.

Pero Fergusson continuaba manteniéndose alejado de las sociedades científicas, pues era feligrés militante, no parlante; le parecía emplear mejor el tiempo investigando que discutiendo, y prefería un descubrimiento a cien discursos.

Cuéntase que un inglés se trasladó a Ginebra con intención de visitar el lago. Le metieron en un carruaje antiguo en el que los asientos estaban de lado, como en los ómnibus, y a él le tocó por casualidad estar sentado de espaldas al lago. El carruaje realizó pacíficamente su viaje circular y nuestro inglés, aunque ni una sola vez volvió la cabeza, regresó a Londres perdidamente enamorado del lago de Ginebra.

El doctor Fergusson, por su parte, durante sus viajes se había vuelto más de una vez, y de tal modo que había visto mucho. No hacía más que obedecer a su naturaleza, y tenemos más de un motivo valedero para creer que era algo fatalista, aunque de un fatalismo muy ortodoxo, pues contaba consigo mismo y hasta con la Providencia; se sentía más bien empujado a los viajes que atraído por ellos y recorría el mundo a la manera de una locomotora, la cual no se dirige, sino que es dirigida por el camino.

-Yo no sigo mi camino -decía el doctor con frecuencia-; el camino me sigue a mí.

A nadie asombrará, pues, la indiferencia y sangre fría con que acogió los aplausos de la Real Sociedad; estaba muy por encima de tales miserias, exento de orgullo y más aún de vanidad; le parecía muy sencilla la proposición que había dirigido al presidente, sir Francis M y ni siquiera se percató del inmenso efecto que había producido.

Después de la sesión, el doctor fue conducido al Traveller's Club, en Pall Mall, donde se celebraba un soberbio banquete. Las dimensiones de las piezas servidas a la mesa guardaban proporción con la importancia del personaje, y el esturión que figuraba en tan espléndida comida no medía ni un centímetro menos que el propio Samuel Fergusson.

Se hicieron numerosos brindis con vinos de Francia en honor de los célebres viajeros que se habían ilustrado en las tierras de África. Se bebió a su salud o en su memoria, y por orden alfabético, lo que es muy inglés: por Abbadie, Adams, Adamson, Anderson, Arnaud, Baikie, Baldwin, Barth, Batuoda, Beke, Beltrame, Du Berba, Binbanchi, Bolohnesi, Bolwik, Bolzoni, Bonnemain, Brisson, Browne, Bruce, Brun-Rollet, Burchell, Burtckhardt, Burton, Caillaud, Caillié, Campbell, Chapman, Clapperton, Clol Rey, Colomien, Courval, Cumming, Cunny, Debono, Decken, Denham, Desavamchers, Dickson, Dickson, Dochart, Duchailu, Duncan, Durand, Duroulé, Duveyrier, Erchart, D'Escayrac de Lautore, Ferret, Fresnel, Gallnier, Galton, Geoffroy, Golberry, Hahn Hahn, Harnier, Hecquart, Heuglin, Homernann, Houghton, Imbert Kaufmann, Knoblecher, Krapf, Kummer, Lafaille, Lafargue, Laing, Lambert, Lamiral, Lamprière, John Lander, Richard Lander, Lefebre, Lejean, Levaillan, Livingstone, Maccarthie, Magglar, Maizan, Malzac, Moffat, Mollien, Monteiro, Morrison, Mungo-Park, Neimans, Overweg, Panett, Partarrieau, Pascal, Pearse, Peddie, Peney, Petherick, Poncet, Puax, Raffene, Rath, Rebmann, Richardson, Riley, Ritchie, Rochet D'Aricourt, Rongawi, Roscher, Ruppel Saugnier, Speke, Steidner, Tribaud, Thompson, Thornton, Toole, Tousny, Trotter, Tuckey, Tyrwitt, Vaudey, Veyssiére, Vincent, Vinco, Vogel, Warhlberg, Warington, Washington, Werne, Wild y, por último, por el doctor Samuel Fergusson, el cual, con su increíble tentativa, debía enlazar los trabajos de aquellos viajeros y completar la serie de los descubrimientos africanos.

II

*Un artículo del Daily Telegraph. - Guerra de
Periódicos científicos. - El señor Petermann apoya a su
amigo el doctor Fergusson. - Respuesta del sabio Koner.
- Apuestas comprometidas. - Varias proposiciones
hechas al doctor*

Al día siguiente, en su número del 15 de enero, el *Daily Telegraph* publicó un artículo concebido en los siguientes términos:

África desvelará por fin el secreto de sus vastas soledades. Un Edipo moderno nos dará la clave del enigma que no han podido descifrar los sabios de sesenta siglos. En otro tiempo, buscar el nacimiento del Nilo, *fontes Nili quoerere*, se consideraba una tentativa insensata, una irrealizable quimera.

El doctor Barth, siguiendo hasta Sudán el camino trazado por Denham y Clapperton; el doctor Livingstone, multiplicando sus intrépidas investigaciones desde el cabo de Buena Esperanza hasta el golfo de Zambeze; y los capitanes Burton y Speke, con el descubrimiento de los Grandes Lagos interiores, abrieron tres caminos a la civilización moderna. Su punto de intersección, al cual no ha podido llegar ningún viajero, es el corazón mismo de África. Hacia ahí deben encaminarse todos los esfuerzos.

Pues bien, los trabajos de aquellos atrevidos pioneros de la ciencia quedarán enlazados gracias a la audaz tentativa del doctor Samuel Fergusson, cuyas importantes exploraciones han tenido ocasión de apreciar más de una vez nuestros lectores.

El intrépido descubridor (*discoverer*) se propone atravesar en globo toda África de este a oeste. Si no estamos mal informados, el punto de partida de su sorprendente viaje será la isla de Zanzíbar, en la costa oriental. En cuanto al punto de llegada, tan sólo la Providencia lo sabe.

Ayer se presentó oficialmente en la Real Sociedad Geográfica la propuesta de esta exploración científica, y se concedieron dos mil quinientas libras para sufragar los gastos de la empresa.

Tendremos a nuestros lectores al corriente de tan audaz tentativa, sin precedente en los fastos geográficos.

Como era de esperar, el artículo del *Daily Telegraph* causó un gran alboroto. Levantó las tempestades de la incredulidad, y el doctor Fergusson pasó por un ser puramente quimérico, inventado por el señor Barnum, que después de haber trabajado en Estados Unidos, se disponía a «hacer» las islas Británicas.

En Ginebra, en el número de febrero de los Boletines de la Sociedad Geográfica, apareció una respuesta humorística; su autor se burlaba, con no poco ingenio, de la Real Sociedad de Londres, del Traveller's Club y del fenomenal esturión.

Pero el señor Petermann, en sus *Mittneilungen*, publicados en Gotha, impuso el más absoluto silencio al periódico de Ginebra. El señor Petermann conocía personalmente al doctor Fergusson y salía garante de la empresa de su valeroso amigo.

Todas las dudas se invalidaron muy pronto. En Londres se hacían los preparativos del viaje; las fábricas de Lyon habían recibido el encargo de una importante cantidad de tafetán para la construcción del aeróstato; y el Gobierno británico ponía a disposición del doctor el transporte *Resolute*, al mando del capitán Pennet.

Brotaron estímulos, estallaron felicitaciones. Los pormenores de la empresa aparecieron muy circunstanciados en los Boletines de la Sociedad Geográfica de París y se insertó un artículo notable en los *Nuevos Anales de viajes, geografía, historia y arqueología* de V. A. Malte-Brun. Un minucioso trabajo publicado en *Zeitschrift Allgemeine Erd Kunde* por el doctor W. Kouer, demostró la posibilidad del viaje, sus probabilidades de éxito, la naturaleza de los obstáculos y las inmensas ventajas de la locomoción por vía aérea; no censuró más que el punto de partida; creía preferible salir de Massaua, ancón de Abisinia, desde el cual James Bruce, en 1768, se había lanzado a la exploración del nacimiento del

Nilo. Admiraba sin reserva alguna el carácter enérgico del doctor Fergusson y su corazón cubierto con un triple escudo de bronce que concebía e intentaba semejante viaje.

El *North American Review* vio, no sin disgusto, que estaba reservada a Inglaterra tan alta gloria; procuro poner en ridículo la proposición del doctor, y le indicó que, hallándose en tan buen camino, no parase hasta América.

En una palabra, sin contar los diarios del mundo entero, no hubo publicación científica, desde el *Journal des Missions évangéliques* hasta la *Revue algérienne et coloniale*, desde los *Annales de la Propagation de la Foi* hasta el *Church Missionary Intelligencer*, que no considerase el hecho bajo todos sus aspectos.

En Londres y en toda Inglaterra se hicieron considerables apuestas: primero, sobre la existencia real o supuesta del doctor Fergusson; segundo, sobre el viaje en sí, que no se intentaría, según unos, y según otros se emprendería pronto; tercero, sobre si tendría o no éxito; y cuarto, sobre las probabilidades o improbabilidades del regreso del doctor Fergusson. En el libro de las apuestas se consignaron enormes sumas, como si se hubiese tratado de las carreras de Epsom.

Así pues, crédulos e incrédulos, ignorantes y sabios, fijaron todos su atención en el doctor, el cual se convirtió en una celebridad sin sospecharlo. Dio gustoso noticias precisas de sus proyectos expedicionarios. Hablaba con quien quería hablarle y era el hombre más franco del mundo. Se le presentaron algunos audaces aventureros para participar de la gloria y peligros de su tentativa, pero se negó a llevarlos consigo sin dar razón de su negativa.

Numerosos inventores de mecanismos aplicables a la dirección de los globos le propusieron su sistema, pero no quiso aceptar ninguno. A los que le preguntaban si acerca del particular había descubierto algo nuevo, les dejó sin ninguna explicación, y siguió ocupándose, con una actividad creciente, de los preparativos de su viaje.

III

*El amigo del doctor. - De cuándo databa su amistad. -
Dick Kennedy en Londres. - Proposición inesperada,
pero nada tranquilizadora. - Proverbio poco
consolador. - Algunas palabras acerca del martirologio
africano. - Ventajas del globo aerostático. - El secreto
del doctor Fergusson*

El doctor Fergusson tenía un amigo. No era éste una réplica de sí mismo, un *alter ego*, pues la amistad no podría existir entre dos seres absolutamente idénticos.

Pero, si bien poseían cualidades y aptitudes diferentes y un temperamento distinto, Dick Kennedy y Samuel Fergusson vivían animados por un mismo y único corazón, cosa que, lejos de molestarles, les complacía.

Dick Kennedy era escocés en toda la aceptación de la palabra; franco, resuelto y obstinado. Vivía en la aldea de Leith, cerca de Edimburgo, un verdadero arrabal de la «Vieja Ahumada». A veces practicaba la pesca, pero en todas partes y siempre era un cazador determinado, lo que nada tiene de particular en un hijo de Caledonia algo aficionado a recorrer las montañas de Highlands. Se le citaba como un maravilloso tirador de escopeta, pues no sólo partía las balas contra la hoja de un cuchillo, sino que las partía en dos mitades tan iguales que, pesándolas luego, no se hallaba entre una y otra diferencia apreciable.

La fisonomía de Kennedy recordaba mucho la de Halbert Glendinning tal como lo pintó Walter Scott en *El Monasterio*. Su estatura pasaba de seis pies ingleses aunque agraciado y esbelto, parecía estar dotado de una fuerza hercúlea. Un rostro muy tostado por el sol, unos ojos vivos y negros, un atrevimiento natural muy decidido, algo, en fin, de bondad y solidez en toda su persona, predisponía en favor del escocés.

Los dos amigos se conocieron en la India, donde servían en un mismo regimiento. Mientras Dick cazaba tigres y elefantes, Samuel cazaba plantas e insectos. Cada cual podía blasonar de diestro en su especialidad, y más de una planta rara cogió el doctor, cuya conquista le costó tanto como un buen par de colmillos de marfil.

Los dos jóvenes nunca tuvieron ocasión de salvarse la vida uno a otro ni de prestarse servicio alguno, por lo que su amistad permanecía inalterable. Algunas veces les alejó la suerte, pero siempre les volvió a unir la simpatía.

Al regresar a Inglaterra, les separaron con frecuencia las lejanas expediciones del doctor, pero este, a la vuelta, no dejó nunca de ir, no ya a preguntar por su amigo el escocés, sino a pasar con él algunas semanas.

Dick hablaba del pasado, Samuel preparaba el porvenir; el uno miraba hacia adelante, el otro hacia atrás. De ello resultaba que Fergusson tenía el ánimo siempre inquieto, mientras que Kennedy disfrutaba de una perfecta calma.

Después de su viaje al Tibet, el doctor estuvo dos años sin hablar de expediciones nuevas. Dick llegó a imaginar que se habían apaciguado los instintos de viaje e impulsos aventureros de su amigo, lo que le complacía en extremo. La cosa, se decía a sí mismo, tenía un día u otro que concluir de mala manera. Por más que se tenga don de gentes, no se viaja impunemente entre antropófagos y fieras. Kennedy procuraba, pues, tener a raya a Samuel, que había hecho ya bastante por la ciencia y demasiado para la gratitud humana.

El doctor no respondía una palabra; permanecía pensativo y después se entregaba a secretos cálculos, pasando las noches en operaciones de números y experimentos con aparatos singulares de los que nadie se percataba. Se percibía que en su cerebro fermentaba un gran pensamiento.

-¿Qué estará tramando? -se preguntó Kennedy en enero, cuando su amigo se separó de él para volver a Londres.

Una mañana lo supo por el artículo del *Daily Telegraph*.

-¡Misericordia! --exclamó-. ¡Insensato! ¡Loco! ¡Atravesar África en un globo! ¡Es lo único que nos faltaba! ¡He aquí en lo que meditaba desde hace dos años!

Sustituyan todos esos signos de admiración por puñetazos enérgicamente asestados en la cabeza, y se harán una idea del ejercicio al que se entregaba el buen Dick mientras profería semejantes palabras.

Cuando la vieja Elspeth, que era su ama de llaves, insinuó que podía tratarse muy bien de una chanza, él respondió:

-¡Una chanza! No, le conozco demasiado, ya sé yo de qué pie cojea. ¡Viajar por el aire! ¡Ahora se le ha ocurrido tener envidia de las águilas! ¡No, no se irá! ¡Yo le ataré corto! ¡Si le dejase, el día menos pensado se nos iría a la Luna!

Aquella misma tarde, Kennedy, inquieto y también incomodado, tomó el ferrocarril en General Railway Station, y al día siguiente llegó a Londres.

Tres cuartos de hora después se apeó de un coche de alquiler junto a la pequeña casa del doctor, en Soho Square, Greek Street, se encaramó por la escalera y llamó a la puerta cinco veces seguidas.

Le abrió Fergusson en persona.

-¿Dick? -dijo sin mucho asombro.

-El mismo -respondió Kennedy.
-¡Cómo, mi querido Dick! ¿Tú en Londres durante las cacerías de invierno?
-Yo en Londres.
-¿Y qué te trae por aquí?
-La necesidad de impedir una locura que no tiene nombre.
-¿Una locura? -preguntó el doctor.
-¿Es cierto lo que dice este periódico? -replicó Kennedy, mostrando el número del *Daily Telegraph*.
-¡Ah! ¿Te refieres a eso? ¡Qué indiscretos son los periódicos! Pero, siéntate, Dick.
-No quiero sentarme. ¿De verdad tienes la intención de emprender ese viaje?
-Ya lo creo. Estoy haciendo los preparativos y pienso...
-¿Dónde están esos preparativos, que quiero hacerlos pedazos? ¿Dónde están?
El digno escocés estaba verdaderamente furioso.
-Calma, mi querido Dick -repuso el doctor-. Comprendo tu cólera. Estás ofendido conmigo porque hasta ahora no te he contado nada acerca de mis nuevos proyectos.
-¡Y a eso le llamas nuevos proyectos!
-Estaba muy ocupado -añadió Samuel sin admitir la interrupción-, he tenido que hacer muchas cosas. Pero, tranquilízate, no hubiera partido sin escribirte...
-Me río yo...
-Porque tengo intención de llevarte conmigo.
El escocés dio un salto digno de un camello.
-¿Conque ésas tenemos? -repuso-. ¿Pretendes que nos encierren a los dos en el hospital de Betlehem?
-He contado positivamente contigo, carísimo Dick, y te he escogido a ti excluyendo a muchos aspirantes. -Kennedy estaba atónito-. Cuando me hayas escuchado durante diez minutos -respondió tranquilamente el doctor-, me darás las gracias.
-¿Hablas en serio?
-Muy en serio.
-¿Y si me niego a acompañarte?
-No te negarás.
-Pero ¿y si me niego?
-Me iré solo.
-Sentémonos -dijo el cazador-, y hablemos desapasionadamente. Puesto que no bromeas, vale la pena discutir el asunto.
-Discutamos almorzando, si no tienes en ello inconveniente, mi querido Dick.
Los dos amigos se sentaron a la mesa frente a frente, entre un montón de emparedados y una enorme tetera.
-Amigo Samuel -dijo el cazador-, tu proyecto es insensato. ¡Es de realización imposible! ¡Es de todo punto impracticable!
-Eso lo veremos después de haberlo intentado.
-Precisamente eso es lo que no hay que hacer, intentarlo.
-¿Por qué?
-¿Y los peligros y obstáculos de todo género?
-Los obstáculos -contestó gravemente Fergusson- se han inventado para ser vencidos. En cuanto a los peligros, ¿quién puede estar seguro de que los evita? Todo es peligro en la vida. Peligroso puede ser sentarse a la mesa o ponerse el sombrero; además, es preciso considerar lo que debe suceder como si hubiese ya sucedido, y no ver más que el presente en el porvenir, puesto que el porvenir no es sino un presente algo más lejano.
~¿Qué dices? -replicó Kennedy, encogiéndose de hombros-. Eres un fatalista.

-Fatalista en el buen sentido de la palabra. No nos preocuparemos de lo que la suerte nos reserva y no olvidemos jamás nuestro proverbio inglés: «Haga lo que haga, no se ahogará quien ha nacido para ser ahorcado.»

No había nada que responder, lo que no impidió a Kennedy eslabonar una serie de argumentos fáciles de imaginar, pero que resultaría interminable reproducir aquí.

-En fin -dijo, después de una hora de discusión-, si te empeñas en atravesar África, si ello es necesario para tu felicidad, ¿por qué no tomas los caminos ordinarios?

-¿Por qué? -respondió el doctor, animándose-. ¡Porque hasta ahora todas las tentativas han fracasado! ¡Porque desde Mungo-Park, asesinado en el Níger, hasta Vogel, que desapareció en el Wadal; desde Oudney, muerto en Murmur, y Clapperton, muerto en Sackatou, hasta Maizan, hecho pedazos; desde el mayor Laing, asesinado por los tuaregs, hasta Roscher de Hamburgo, degollado a principios del 1860, se han inscrito numerosas víctimas en el martirologio africano! ¡Porque luchar contra los elementos, contra el hambre, la sed y la fiebre, contra los animales feroces y contra tribus más feroces aún es imposible! ¡Porque lo que no se puede hacer de una manera, debe intentarse de otra! ¡En fin, porque cuando no se puede pasar por en medio, se pasa por un lado o por encima!

-¡Si no se tratase más que de pasar! -replicó Kennedy-. ¡Pero es posible caerse!

-Y bien -repuso el doctor con la mayor sangre fría-, ¿qué puedo temer? Como supondrás, he tomado mis precauciones para no sufrir una caída del globo; y, si éste me fallase, me hallaría en tierra en las condiciones normales de los exploradores. Pero mi globo no me fallará; ni siquiera considero tal posibilidad.

-Pues es menester considerarla.

-No, amigo Dick. No pienso separarme de mi globo hasta que haya llegado a la costa occidental de África. Con él, todo es posible; sin él, quedo expuesto a los peligros y obstáculos naturales de tan difícil expedición; con él, ni el calor, ni los torrentes, ni las tempestades, ni el simún, ni los climas insalubres, ni los animales salvajes, ni los hombres pueden inspirarme miedo alguno. Si tengo demasiado calor, subo; si tengo frío, bajo; si encuentro una montaña, la salvo; si un precipicio, lo paso; si un río, lo atravieso; si una tempestad, la domino; si un torrente, lo cruzo como un pájaro. Avanzo sin cansarme, me detengo sin necesidad de reposo. Planeo sobre ciudades desconocidas. Vuelo con la rapidez del huracán, tan pronto por las regiones más elevadas de la atmósfera como a cien pasos de tierra, y el mapa de África se abre ante mis ojos en el gran atlas del mundo.

El buen Kennedy empezaba a emocionarse, y sin embargo, el espectáculo evocado le producía vértigo. Contemplaba a Samuel con admiración, pero también con miedo; le parecía que estaba ya balanceándose en el espacio.

-Veamos -dijo-. Reflexionemos un poco, amigo Samuel. ¿Has hallado pues, el medio de dirigir los globos?

-Por supuesto que no. Es una utopía.

-Entonces, irás...

-A donde quiera la Providencia; pero será del este al oeste.

-¿Por qué?

-Porque cuento con valerme de los vientos alisios, cuya dirección es constante.

-¡Es verdad! -exclamó Kennedy, reflexionando-. Los vientos alisios... Seguramente... En rigor, se puede... Algo hay...

-¡Si hay algo! No, amigo mío, hay más que algo. El Gobierno inglés ha puesto un transporte a mi disposición, y está también resuelto que crucen tres o cuatro buques por la costa occidental hacia la época presunta de mi llegada. Dentro de tres meses, todo lo más, me hallaré en Zanzibar, donde hincharé mi globo, y desde allí nos lanzaremos...

-¿Nos lanzaremos? -exclamó Dick.

-¿Te atreverás a hacerme aún alguna nueva objeción? Habla, amigo Kennedy.
-¡Una objeción! Se me ocurren más de mil; pero entre otras, dime: si tienes previsto conocer el país, si tienes previsto subir y bajar a tu albedrío, no lo podrás hacer sin perder gas; hasta ahora no se ha podido proceder de otra manera, lo que ha impedido siempre las largas peregrinaciones por la atmósfera.
-Querido Dick, sólo te diré una cosa: yo no perderé ni un átomo de gas, ni una molécula.
-¿Y bajarás cuando quieras?
-Cuando quiera.
-¿Cómo?
-El cómo es mi secreto, amigo Dick. Ten confianza, y que mi divisa sea la tuya: *¡Excelsior!*
-Pues bien, *¡Excelsior!* -respondió el cazador, que no sabía una palabra de latín.
Sin embargo, estaba decidido a oponerse por todos los medios posibles a la partida de su amigo. De momento fingió adherirse a su parecer y se contentó con observar. En cuanto a Samuel, fue a activar sus preparativos.

IV

Exploraciones africanas. - Barth, Richardson, Overweg, Werne, Brun-Rollet, Peney, Andrea Debono, Miani, Guillaume Lejean, Bruce, Krapf y Rebmann, Maizan, Roscher, Burton y Speke

La línea aérea que el doctor Fergusson se proponía seguir no había sido escogida al azar; su punto de partida fue cuidadosamente estudiado, y no sin razón el explorador resolvió verificar la ascensión desde la isla de Zanzíbar. Esta isla, situada cerca de la costa oriental de África, se encuentra a 6^o de latitud austral, es decir, cuatrocientas treinta millas geográficas debajo del ecuador.

De aquella isla acababa de partir la última expedición enviada por los Grandes Lagos en busca del nacimiento del Nilo.

Pero conviene indicar qué exploraciones esperaba enlazar el doctor Fergusson unas con otras.

Destacan dos: la del doctor Barth, en 1849, y la de los tenientes Burton y Speke, en 1858.

El doctor Barth es un hamburgués que obtuvo para sí y para su compatriota Overweg el permiso de unirse a la expedición del inglés Richardson, encargado de una misión en Sudán.

Sudán es un vasto país situado entre los 15^o y los 10^o de latitud norte, es decir, que para llegar a él es menester penetrar más de mil quinientas millas en el interior de África.

Hasta entonces aquella comarca únicamente era conocida por el viaje de Denham, Clapperton y Oudney, verificado entre 1822 y 1824. Richardson, Barth y Overweg, ansiosos de llevar más lejos sus investigaciones, llegan a Túnez y a Trípoli, como sus antecesores, y luego a Murzuk, capital del Fezzán.

Abandonan entonces la línea recta y tuercen en dirección oeste, hacia Ghat, guiados, no sin dificultades, por los tuaregs. Después de mil escenas de saqueo, vejaciones y ataques a mano armada, su caravana llega en octubre al vasto oasis del Asben. El doctor Barth se separa de sus compañeros, hace una excursión a la ciudad de Agadés y se incorpora de nuevo a la expedición, la cual vuelve a ponerse en marcha el 12 de diciembre. Ésta llega

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

